

RESEÑAS

Dolores Aramoni Calderón, *Los refugios de lo sagrado. Religiosidad, conflicto y resistencia entre los zoques de Chiapas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, 431 p. (Serie Regiones)*

El objetivo de la tarea del historiador es brindar a sus contemporáneos una explicación de la realidad a partir del conocimiento y comprensión de los procesos en que la humanidad deviene. El historiador se constituye como un intérprete de la actividad humana en el tiempo. Es el encargado de reflexionar acerca del hombre como ser social y transitorio, inmerso en el cambio que su propio movimiento genera.

Para validar su reflexión el historiador tiene que conocer cómo se configuraron las sociedades en las épocas pasadas. Conocimiento que logra mediante el examen de los testimonios, a los que considera su material indispensable de trabajo, las llamadas "fuentes". Y si bien en una definición amplia de "fuente" es preciso incluir todos los elementos culturales que permiten la aproximación, desde el presente, a una sociedad determinada en un periodo específico o a lo largo de su devenir, el conocimiento histórico, por definición indirecto, se alcanza esencialmente por medio del análisis de las llamadas fuentes documentales, es decir, de los testimonios escritos de la etapa que se pretende historiar, mismos que han logrado conservarse hasta el momento en que se realiza la investigación.

Al historiador compete la localización, crítica e interpretación de dichos textos, pues de estos pasos depende el logro de la explicación que entraña el compromiso con su actividad humanística.

Fruto de la consulta paciente del Archivo Diocesano de San Cristóbal de las Casas es el presente libro. Resultado de una investigación originada por la observación antropológica de fenómenos de la religiosidad popular actual, que buscó enraizar sus interpretaciones en el análisis de los testimonios documentales de otros siglos y encontró en los procesos llevados a cabo contra indígenas, por el Tribunal de la Inquisición Episcopal, una fuente informativa que permitía elaborar explicaciones históricas acerca del sentido de las prácticas religiosas de un cristianismo con fuertes matices regionales.

* Obra que obtuvo el primer lugar en el Concurso Nacional de Investigación Regional convocado por la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes en 1990.

Los protagonistas centrales de esta investigación son los zoques de Chiapas, grupo que ha recibido poca atención por parte de los estudiosos, ahora vistos a través de los mencionados procesos de la llamada Inquisición Ordinaria y, por lo tanto, jugando el papel de acusados y acusadores en las causas de brujería, nagualismo, pacto diabólico, nigromancia y toda suerte de prácticas contrarias a la doctrina aprobada por la Iglesia; a los que acompañan y sirven como elementos de comparación, chiapanecas y tzotziles, sujetos a juicios similares, en un lapso que comprende de 1585 a 1801.

Estudio que la autora contempla dentro de un marco espacial y cronológico muy amplio, que considera como antecedentes tanto aspectos de las creencias y rituales de la religión mesoamericana, como la lucha secular de la Iglesia por mantener la pureza de los dogmas cristianos frente a las tradiciones mágicas de los pueblos del Viejo Mundo.

Si bien la investigación ha sido enfocada al descubrimiento de los principios religiosos ancestrales, que sustentan el universo espiritual zoque como factor del mantenimiento de la identidad étnica, en oposición a los mecanismos civiles y eclesiásticos de control impuestos por la colonización europea, mi comentario asumirá la perspectiva de la Iglesia, el sentido del funcionamiento de un tribunal de la fe y la propuesta de algunas consideraciones acerca de su actividad en la provincia de Chiapa, no siempre acordes con las conclusiones que apunta la autora.

El sentido más profundo de la propagación evangélica, realizada por la Iglesia a lo largo de los siglos, radica en el carácter salvífico de la religión cristiana y en su concepto de la Historia como manifestación de un plan providencial de redención, que, oculto a los mortales, pero revelado por medio de las Sagradas Escrituras, carga de significados trascendentes las acciones humanas. En el principio de los tiempos, tanto algunos de los ángeles como la pareja humana original cayeron en el pecado al ejercitar el libre albedrío que el divino creador les había concedido; los primeros, reos de eterna condenación, se transformaron en demonios, pero a los hombres Dios les otorgó la posibilidad de salvarse gracias a la encarnación y sacrificio de su propio hijo, etapa culminante del proceso que concluirá con la parusía o segunda venida de Cristo en majestad para celebrar el juicio final. Un acontecimiento que no podrá ocurrir mientras la predicación del Evangelio, como verdad redentora, no se haya extendido por todos los pueblos de la tierra.

La aparición en el horizonte del cristianismo europeo de un enorme continente habitado por paganos revitalizó los ideales evangélicos ante el imperativo de hacerlos partícipes del proyecto de la redención divina. Había que encontrar una explicación al aislamiento de aquellos pueblos, que sólo podían concebirse como descendientes de la bíblica

pareja primigenia, pero sobre todo al extravío que habían sufrido en el camino recto de la razón natural, que mueve a los hombres a la búsqueda de Dios, al inventar, ya sea por el olvido del Evangelio, posiblemente predicado por alguno de los apóstoles primitivos, o porque siempre lo hubieran ignorado, una religión perversa. A la primera cuestión se respondió con propuestas de rutas de poblamiento del Viejo al Nuevo Mundo, a la segunda con la acción tentadora del Demonio, que desde su destierro infernal se constituyó en el enemigo irreconciliable de la criatura humana empeñado en corromper sus obras.

Las expresiones de las religiones prehispánicas, enfocadas con la perspectiva de la teología cristiana, resultaron de carácter diabólico, tal y como los Padres de la Iglesia habían interpretado las religiones paganas de la antigüedad europea. Por lo tanto, la evangelización se desarrolló en dos sentidos: la enseñanza de la doctrina con la finalidad de convertir y la erradicación de las religiones nativas. El primero manifestado en los variados métodos de catequesis puestos en práctica por los misioneros. El segundo, en la destrucción de los lugares de culto pagano, el desmantelamiento de la organización sacerdotal indígena y la persecución de aquéllos que, habiendo tenido la oportunidad de conocer el Evangelio, se obstinaban en mantener su infidelidad y estorbaban con su renuencia la conversión de otros, o de los apóstatas, que no obstante haber recibido el bautismo, continuaban, bajo la apariencia de cristianos, practicando los ritos y costumbres proscritos de la gentilidad.

Durante el proceso de evangelización, dos visiones del mundo distintas, resultado de dos experiencias históricas que han corrido por cauces separados, se enfrentan en condiciones de desigualdad, y la de los indígenas, dominados por la conquista, va a quedar condenada, no por nueva o ajena sino por juzgarse como perteneciente al lado negativo, aquél que correspondía a las cosas diabólicas, de la visión cristiana propia de los invasores.

Por otra parte, la Iglesia que se establece en los dominios españoles de Ultramar es una institución con una larga historia, que ha logrado definir los principios básicos del cristianismo, por medio de los concilios reunidos a lo largo de los siglos medievales y en oposición a la libre interpretación doctrinal. A nivel teológico representa un monoteísmo universalista e intolerante en convivencia más o menos pacífica, según el contexto histórico, con manifestaciones regionales de religiosidad popular. El misterio inescrutable de la Trinidad divina, frente a la cotidiana intervención de los santos patronos en los asuntos humanos, resulta una problemática antigua en el momento de la aparición del Nuevo Mundo, pues las elaboraciones intelectuales de los teólogos, con

frecuencia, poco se relacionan con la satisfacción de las necesidades primarias del pueblo analfabeta.

La Iglesia, como resguardo de la pureza del dogma cristiano, otorgó facultades jurídicas a sus jerarcas para perseguir y procesar a quienes, seglares o eclesiásticos, atentaban contra los principios establecidos mediante la propagación de ideas y prácticas condenadas, tales como la herejía, la blasfemia, la magia, el sacrilegio, etcétera, o de comportamientos que por afectar los compromisos sacramentales se convertían en pecados públicos como el adulterio, el amasiato o la sollicitación. Así se fundaron tribunales episcopales en los que los obispos, gobernadores de las diócesis en que se dividía el territorio de la cristiandad, fungían como jueces. Luego, desde el siglo XIII, con la propagación de herejías que repercutieron en la desestabilización del orden social, se institucionalizó el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, especializado en conocer las causas relativas a cuestiones de fe. En España este tribunal extendió su jurisdicción a toda la península a partir de 1480, cuando la política de los Reyes Católicos propendió a unificar a sus súbditos bajo la bandera del cristianismo.

Durante el proceso de colonización del Nuevo Mundo distintas autoridades tuvieron en forma delegada la facultad inquisitorial. En Nueva España primero los frailes misioneros, luego los obispos, hasta que en 1571 empezó a funcionar el tribunal del Santo Oficio en la ciudad de México. Esta etapa se caracteriza por la indefinición de la circunstancia peculiar de los conversos indígenas frente a los límites jurisdiccionales de los inquisidores. Pues si en España podían actuar contra los conversos provenientes del Islam o el judaísmo, que renegaban al interior de una sociedad reconocida como mayoritariamente cristiana, era evidente la distinta situación de los neófitos indígenas, no siempre catequizados a conciencia y educados dentro de religiones y sistemas éticos que no guardaban semejanza con la fe aceptada al recibir el bautismo; algunos de ellos además, habían sido ministros de los cultos gentílicos y dirigentes políticos y espirituales de su comunidad. Estos últimos, al caer en la apostasía, fueron las víctimas tempranas de la Inquisición monástica y episcopal, pues los evangelizadores comprendieron la importancia de desmembrar la organización sacerdotal nativa para conseguir el control de las comunidades y la introducción de las normas que rigen la vida cristiana. Con la fundación del Santo Oficio se declaró a los cristianos nuevos libres de su jurisdicción. De ahí en adelante los tribunales episcopales, establecidos en cada sede obispal, serían los encargados de las causas de fe que involucraran indígenas, y las visitas pastorales, que periódicamente debían realizar los prelados a los pueblos de su diócesis, los momentos oportunos para recibir las denuncias.

El obispado de Chiapa fue erigido en 1539, sin embargo no tuvo prelado residente sino hasta la llegada de fray Bartolomé de las Casas en 1545, quien permaneció muy poco tiempo en su diócesis. Luego su historia se caracteriza por largas etapas de sede vacante. En 256 años, contados de 1545 a 1801, se pueden sumar, más o menos, 79 años sin obispo residente, circunstancia que debe ser significativa al estudiar el funcionamiento del tribunal, aunque los provisos del obispado también podían tomar conocimiento de los casos.

Sin soslayar el hecho de que no hay posibilidad de saber con certeza cuántos procesos se efectuaron, pues el límite es la documentación existente, a partir de la investigación de Dolores Aramoni, parecen muy pocos, si comparamos, por ejemplo, con la actividad inquisitorial de fray Juan de Zumárraga, que instruyó más procesos contra indígenas durante sus gestiones, que, al parecer, todos los prelados de Chiapas en dos siglos y medio. La autora nos habla de once, en ocho de los cuales los acusados son zoques. También resulta sugerente que los procesos, desde el punto de vista cronológico, se concentran en ciertos periodos con largas temporadas intermedias. El primero (1585, 1597, 1601) abarca 16 años a los que siguen 75 libres de procesos, justo en el siglo XVII que se caracteriza por tener las más prolongadas sedes vacantes. Un segundo periodo (1676, 1678, 1685, 1696), comprende veinte años que corresponden al gobierno de dos de los obispos más destacados por su actividad en todos los aspectos del gobierno diocesano, Marcos Bravo de la Serna y fray Francisco Núñez de la Vega. Además, este último debe haber abierto otros procesos de los que la documentación se perdió, lo que se puede inferir del texto de sus *Constituciones Diocesanas*. Estos corresponden en política a los años del fin del antiguo régimen, y si en Chiapas parece florecer el nagualismo y se cree vivir bajo el imperio de los que han pactado con el Diablo, en la propia Corte española el rey Carlos II se pretende víctima de hechiceros y soporta que se le haga un exorcismo.

El proceso de 1721 aparecía aislado si no se tomara en cuenta que el provisor del obispado, encargado de la causa, había sido pupilo de Núñez de la Vega. Después hay otros 57 años sin procesos documentados y una última serie (1778, 1798, 1801), sobre la cual, a un siglo de distancia, se proyectan los conceptos del mismo obispo, esta vez al tomar como guía para los inquisidores la lectura de sus *Constituciones Diocesanas*.

Si a lo anterior se añade el que los procesos se inicien, casi siempre, a raíz de denuncias procedentes de las propias comunidades indígenas, es decir a petición de parte y no por actuar de oficio, el tribunal parece funcionar con menos eficacia de la que se esperaría en una provincia

calificada generalmente, por los escritores eclesiásticos, como tierra de brujería y superstición.

En cuanto a la mentalidad de los inquisidores un punto de reflexión, en que concuerdo con la autora, es la diferencia de criterio con que enfrentan los fenómenos que persiguen, pues mientras unos consideran que se trata de gente engañada con sus propias ilusiones de poder, otros comparten con los reos la creencia en la efectividad de sus actos maléficos. Y si bien resulta cierto que en ello influye la preparación individual, experiencia y grado de conocimiento de las características de la feligresía regional, vale la pena recordar que estos jueces viven inmersos en el panorama histórico de la Contrarreforma, en un ambiente espiritual reflejado en la exacerbada sensibilidad barroca que ha traído el combate de los ejércitos celestiales y las huestes del Infierno a manifestarse en todos los actos de la vida cotidiana. Hay hambre de portentos, pero temor de que éstos no vengan del Altísimo, sino del mal personificado en el Demonio. Los apóstatas, mediante el pacto diabólico, adquieren el poder de acarrear daños en sus personas y bienes a sus víctimas. Los maleficios resultan entonces factibles y verídicos, tanto como el peligro representado por las sectas que se oponen a la Iglesia y constituyen una amenaza latente para la paz social.

Azotes, destierros, trabajos forzados, penas pecuniarias y pública vergüenza se dieron por sentencia a quienes cayeron en manos de la Inquisición Episcopal, no discutiré la justicia de estos actos, pues eran legales dentro del sistema establecido y además la justicia de los hombres nunca ha dejado de ser triste remedo de la idealizada equidad.

Por último, debo señalar mi desacuerdo con la autora respecto a la idea de que los guardianes de la tradición indígena corrían muchos riesgos, pues eran "tenazmente perseguidos por la Iglesia". A la luz del funcionamiento del Tribunal Episcopal de Chiapas, y fuera de las excepciones mencionadas de Bravo de la Serna y Núñez de la Vega, los demás prelados se manifestaron omisos en el cumplimiento de esa función que denomina su investidura de *episkopos*, cuya traducción literal es el "vigilante".

Los refugios de lo sagrado resulta un libro que invita a ser leído de principio a fin. Rico en sugerencias para la reflexión intelectual y evocativo acerca del mundo que subyace y reta, desde el plano primitivo de las emociones, a los discursos racionalistas de la modernidad, pues nos permite percibir la secular lucha del hombre de cualquier tiempo y cultura por descubrir o inventar, desde los abismos de su miseria espiritual, un significado a la existencia.

MARÍA DEL CARMEN LEÓN CÁZARES